

Me quedé hechizado por un analizante originario de la Isla de Guadalupe. La cura duró seis años y fue uno de mis primeros analizantes. Las razones que lo trajeron eran su humor depresivo (él decía "oscuro"), su impotencia y su inhibición en el trabajo.

Oscuro, en efecto, lo era; era negro, resultaba difícil imaginarlo más negro. La pareja significativa claro-oscuro marcó toda la cura desde las primeras entrevistas. Era el más negro de toda su familia: de un humor sombrío, no reía nunca, no tenía sentido del humor. Me hizo descubrir un racismo muy arraigado en todos los nativos de Guadalupe en función del color más o menos claro de la piel, y que se manifiesta en el interior mismo de la fratria. Lo que opera en el racismo no es más que el fantasma en tanto que pone en juego el goce del Otro. En "Pegan a un niño", ¿no evoca Freud una literatura del mismo género que la de *La cabaña del Tío Tom*?¹ Cuando este analizante hablaba de sus relaciones de sumisión y de miedo con respecto a sus hermanos más claros de piel, no hacía nada más que desarrollar la fórmula de su fantasma.

No es necesario que diga que el fantasma estaba, para mí también, en activo: calculé que el tatarabuelo de mi paciente debía haber vivido en tiempos de la esclavitud. Para esto debí pasar por mi propio bisabuelo que había dejado Alsacia después de la guerra de 1870 y acordarme que el final de la esclavitud en las Antillas databa de 1848. Buscaba de esta manera articular su fantasma y el mío con un real histórico. Real histórico del que él no decía nada.

De su fantasma, ¿qué puedo decir hoy? Era sumiso a los hombres de color más claro, con un miedo extremo. Condenaba con insistencia el desprecio de los hombres de su país hacia las mujeres, ignorando su propio desprecio. Por ejemplo, su hermano se jactaba de sus proezas sexuales, diciendo: "Le he hecho un niño a la muy puerca". Esto le escandalizaba, pero expresaba, contándolo, un goce manifiesto, ignorado por él. Sentía un profundo respeto por la mujer, a la que idealizaba... pero era impotente (tenía eyaculación ultra precoz). Se identificaba con la mujer "esclava" del hombre, (soy yo quien traduce esto, ya que esta palabra estaba excluida de su vocabulario).

Sus sueños, asociaciones y actos sintomáticos, el material de la cura en resumen, hacían desfilar los objetos pulsionales, orales y escópicos, y le llevaron en un momento dado a la cuestión sobre la diferencia sexual, a la falta fálica de la mujer. Pienso que fue este ensamblaje de la equivalencia entre la diferencia sexual y la diferencia de color lo que le curó de su impotencia, permitiéndole situar el desprecio un poco más a su cargo.

Conoció a una mujer, de tez más clara que él, y aprobó sus exámenes de derecho. Observemos esta fórmula evidente: "Desde que me he propuesto ser pasante (*clerc*) de notario, soy menos oscuro, salgo del túnel". Esta enunciación fue retomada en numerosas sesiones y repetida por mí desplazando un poco la gramática: "Desde que usted tiene en perspectiva ser claro (*clair*), es usted menos oscuro", o bien "tiene usted las ideas menos negras". En el nivel de la comprensión, él no escuchaba lo que yo le decía, pero eso no quiere decir que no tuviera sus efectos.

En poco tiempo encontró un trabajo con un notario y pudo pagarme, pues este análisis, muy clásico por otra parte, se realizaba en un marco en el que él no tenía que pagar. Ascendió de categoría y yo le aumenté el precio. En todas las ocasiones me sorprendía su extrema sumisión (*geschlagen* —mi fantasma por entonces era: "¡Obedece como un esclavo!"). No respondía nada, llegaba a sus sesiones pegado a las paredes, se notaba el miedo en su cara por un matiz cada vez más gris, cerraba las puertas con cuidado, cada vez era más atento, se comportaba como un obsesivo.

En el diván desplegaba su vida fantasmática: desde hacía algunos años practicaba el karate para curar su carácter temeroso. Construyó una teoría sobre el análisis: el analista es como un cubo de basura donde se vierten todas las porquerías. No le contradije y le dejé desarrollar su fantasma, que le llevaba cada vez más hacia mí, y acabó convirtiéndose en: ¿cómo desembarazarse de su analista?

Tenía la fantasía de que, gracias a su fuerza, —era como un armario de luna*— podría tirarme por la ventana. Yo mismo había oído decir, (en aquella época estaba en análisis) que el final del análisis consistía en reducir al analista al objeto, y en tirarlo como una mierda. Me hallaba, pues, sobre un terreno relativamente orientado, pero encontraba que las cosas tomaban un cariz un poco demasiado realista. No digo que no me hubiera surgido una eventual paranoia, ni que dicho fantasma no pudiera ser un delirio.

Recuerdo que a partir de ese momento perdí mi movilidad. tanto física como psíquica: me aferraba a mi silla y en mis

puntuaciones e intervenciones era menos libre que de costumbre. Hasta aquí todo resultaba más bien banal. El analista y el analizante se hallaban apresados en una situación dual, en espejo (¡el armario de luna!), lo que sucede frecuentemente con los obsesivos, de ahí la pseudo-paranoia. El goce ligado a dos fantasmas que chocan de frente, se desencadenaba en la cura, y esto habría justificado un control.

Se entrenaba cada vez más, me decía —el hecho de que él hablara de ello era al menos tranquilizante— y entreveía el día en que me tiraría por la ventana. Pero un analista tiene más de un as en la manga y quizá un revolver en su cajón. También fue a ver a una hechicera de su país que trabajaba en una calle paralela a la mía. Ocupaba buena parte de su discurso hablando de ella. Ensalzó el poder de la magia que es capaz de matar y me dejó entender que yo podría verme sometido a la experiencia de dicho poder. Desafió el poder del analista a quien amenazó con los poderes de la magia. Cuanto más frecuentaba a la hechicera, menos inhibido estaba, se pegaba menos a las paredes, golpeaba más las puertas, amenazaba más. Yo tenía miedo. Estaba aturdido, me hice tomar la tensión y estaba a veinte de máxima, me dije a mí mismo que iba a explotar.

Decidí entonces ir a hablar con Lacan, el gran hechicero blanco. Era mi analista, yo estaba medianamente hechizado, y tenía ganas de desembarazarme de aquello.

En lugar de tumbarme, me planté delante y me senté frente a él.

—¿Qué le ocurre, querido amigo?

Le solté mi pequeño problema.

Me escuchó con extrema atención, no se perdía ni una palabra de lo que le decía. Me interrumpió un momento para preguntarme, preocupado, si mi paciente practicaba el vudú. Al responderle negativamente, me dejó seguir. Al final de mi charlatanería intenté hablarle del objeto a, pero me interrumpió:

—Pero ¿por qué no es usted quien le tira por la ventana?

—¡Es que es como un armario de luna!

—¡Y bien! ¡Cómprase pues un puño americano!

Le miré asombrado.

—¿No sabe usted lo que es eso?

Sacó de su bolsillo un puño americano que movió ante mis ojos y se lo colocó en sus dedos. Me despidió haciéndome pagar el doble del precio habitual.

Saliendo de allí, me dije que estaba loco: había ido a pedirle armas simbólicas y él había sacado un objeto real de su bolsillo. El analista no está nunca en el lugar que se le espera, tal como me lo acababa de demostrar y esta intervención resultó ser eficaz. No compré el puño americano, pero recuperé la agilidad con mi analizante, no seguí clavado a mi silla. Cuando, por una vez más me trató de cubo de la basura, tranquilamente me puse en su campo de visión y le dije: “¡Está usted completamente equivocado, viejo amigo, el analista no es un cubo de basura! Si continúa por este camino, lo echo por la puerta”. Dije por la puerta y no por la ventana, supe operar un ligero desplazamiento con relación a las indicaciones de Lacan.

A partir de este momento el análisis retomó un curso tranquilo, no oí hablar más de la hechicera, mi tensión volvió a la normalidad, y al cabo de seis meses regresó a su país. Encontró un puesto de trabajo como pasante de un notario.

Cuando volví a ver a Lacan, dos días después del control improvisado, me dijo:

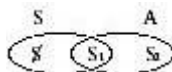
—¿Seguro que no ha comprado un puño americano?

Un año más tarde recibí una postal de felicitación en la que me daba las gracias por el “tratamiento”. Estaba casado y pronto iba a ser padre. Miré la dirección: “*Impasse de la Locura*”. He aquí la historia. ¿Qué puedo deducir de ella?

Me servirá del curso de Jacques-Alain Miller, *Los signos del goce*² y del matema que da como estructura de la posesión:

$$\frac{S_1 S_2}{(S) ?}$$

El sujeto poseído está fijado, esto es lo que indica el paréntesis, por un significante amo, el del ideal y el de la transferencia. El sujeto barrado se completa con un significante ideal, en este caso: *claro*, tomado del Otro. Es el esquema lacaniano de la alienación, que no es el de la alienación hegeliana, recuérdese la lucha a muerte por el prestigio.



El sujeto no es sólo un sujeto del significante, sino que ha sido vaciado de su goce y busca en el Otro un complemento de goce, es el esquema de la separación:



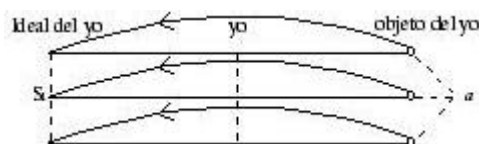
El sujeto representado por un significante, S1, llama a un *a*. Reconocemos el fantasma, S a, que es la relación del sujeto con el objeto de goce en su modo imaginario. La pulsión es una relación real con el objeto de goce. Es cuando el sujeto ha abordado suficientemente su fantasma y accede al goce fálico, que las cosas se tuercen. La operación de separación es difícil dado que se asiste a la inminencia de un *acting-out*. Se ha dicho suficientemente, se ha mostrado suficientemente, como para que no se hable más de pasaje al acto. Este *acting-out* es uno de los modos de franqueamiento del fantasma.

Lacan habla del fantasma como de una ventana abierta sobre lo real. Si mi paciente me hubiera lanzado por la ventana, hubiera sido el paradigma del *acting-out*.

Fue sin duda porque en mi propio fantasma el objeto no estaba lo suficientemente vaciado de su goce que me encontré inmovilizado en S1. La intervención de la hechicera me colocó en (S), amarrado a mi sillón y a mi miedo. ¿Qué hizo Lacan?

En el momento en que yo le estaba hablando del armario de luna, un objeto contundente salió de su bolsillo. El espejo se resquebrajó y me hizo atravesar por un instante el plano de la identificación. Con la manipulación de un objeto real, paradójicamente, Lacan se situó como semblante. De esta manera me permitió no obstaculizar más al discurso analítico y, al rectificar mi posición subjetiva, situarme de nuevo en posición de objeto *a*.

En el *Seminario XI*³ Lacan formula que el psicoanálisis es lo contrario de una hipnosis. Retoma el esquema freudiano de la hipnosis: ⁴



La hipnosis, dice un poco más tarde, opera a partir de la confusión del significante del ideal en un punto en que se orientan el sujeto y el objeto *a*. Ahora bien, es distinguiéndose de la hipnosis como se instituye el psicoanálisis. El motor del psicoanálisis es el mantenimiento de la distancia entre I (o S1) y *a*. Si la transferencia es lo que aparta a la demanda de la pulsión, es el deseo del analista quien la vuelve a traer. De esta manera aísla el *a*, poniéndolo a la mayor distancia del I que el analista es llamado a encarnar.

Es de esta idealización de lo que el analista ha de caer para ser, en una hipnosis al revés, el soporte del *a* separador, en la medida en la que su deseo le permite encarnar al hipnotizado.

En aquel momento difícil yo no lo encarnaba, lo era.

Traducción: Pilar Foz.

*N.T.:armario de luna es un armario ropero con espejos en la parte interior o exterior de las puertas, para vestirse delante de él. *Diccionario de uso del español*. María Moliner.

Notas:

1. S. Freud, "Pegan a un niño", en *Obras Completas*, vol. XVII, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976.
2. J.-A. Miller, *Los signos del goce*, cap XI, Paidós, Buenos Aires, 1998.

3. J. Lacan, *El Seminario XI: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós, Barcelona, 1981, p. 280.
4. S. Freud, "Psicología de las masas y análisis del yo", *O. C.*, op. cit., vol. XVIII, cap. VIII.